

si en las deliberaciones del Estado Mayor japonés hubiesen intervenido inteligencias europeas, Oyama detiene su marcha al N., y su ala derecha, el I ejército, en situación algo avanzada, retrocede y se detiene también. Simultáneamente, la caballería rusa, que se había limitado á patrullar en el frente estratégico, es reforzada y se lanza hacia las líneas enemigas, con las que sostiene escaramuzas casi á diario. Esto es poco, y varias columnas emprenden reconocimientos ofensivos, cediendo los jinetes el campo á los infantes y artilleros. Pero Oyama se mantiene firme y no prosigue hacia el N., antes bien se reconcentra más al S., establece sus tropas en íntimo contacto y espera. ¿Piensa tomar la ofensiva en cuanto hayan llegado nuevos refuerzos, ó desiste de todo avance ulterior? Es probable que fuera lo primero, pero, lo indudable es que por el momento renuncia á la iniciativa que había asumido hasta aquí, y que esa iniciativa pasa á Kuropatkin, el cual se lanza al ataque.

Los rusos empeñan la batalla en un vastísimo frente, tratando de llegar al Tai-tsé, por Pen-si-hu. Después de efímeros éxitos iniciales, son rechazados en toda la línea, y palmo á palmo disputan el terreno, ocupando de nuevo sus primitivas posiciones junto al Sha. Mas la decisión del ataque, el propósito de romper el frente japonés, lo demuestran los rusos por su bravura, pero no lo demuestra Kuropatkin, porque mantiene en reserva á la tercera parte de su ejército y retrocede ante el empuje irresistible del enemigo, sin hacer intervenir cuatro divisiones que á distancia presencian el combate. ¿Es que Kuropatkin creía que con tropas muy inferiores á las de Oyama, iba á vencer al enemigo fuertemente atrincherado? ¿Acaso mantenía intactas las reservas en previsión de ser derrotado ó de un ataque por otro punto, incurriendo en el tristemente célebre error de Bazaine en Gravelotte? ¿O es, por fin, que su tan discutido movimiento ofensivo sólo era una parte del plan que meditaba? Si se admite lo primero ó lo segundo, Kuropatkin es un inepto; si se acepta lo tercero, el generalísimo es hombre de innegables cualidades militares, fracase su plan ó realícese, porque no siempre es posible en la guerra, donde tantos factores intervienen, llevar á feliz término la idea mejor concebida y preparada. No dudamos en manifestar nuestra opinión favorable á Kuropatkin, por entender que, aun en el caso de que sus propósitos resulten fallidos, ha adoptado las disposiciones conducentes á una retirada ordenada, que sólo pondrá al enemigo en posesión de unos

cuantos kilómetros cuadrados de terreno.

Y los 25.000 jinetes rusos, que tan excelente papel hubieran jugado en el ala derecha ¿dónde están? ¿Se encuentran acaso á retaguardia, como la caballería japonesa, á la que un crítico famoso llama cáusticamente *caballería de posición*?

Notemos, además, que contra lo acostumbrado los partes oficiales de Kuropatkin son extremadamente nebulosos, y desde el principio parecen acentuar la nota pesimista. Fijémonos también en que los partes japoneses, serios y comedidos al principio, han ido haciéndose poco á poco de brocha gorda, pues se limitan á dar cuenta de los muertos rusos—10.000 hasta el día 15—enterrados por sus enemigos, y de los cañones que iban siendo capturados, como si una batalla fuese una cacería en que la destreza de los protagonistas se mide por el número de piezas muertas y cobradas. Y recordemos que deslumbrado Oyama por sus éxitos de los primeros días ya no piensa en mantenerse cubriendo á Liao-Yang, sino que, fuera de sus posiciones fortificadas, se esfuerza en llegar á Mukden. ¿Entrará en la capital de la Mandchuria, cerrando el paso á Kuropatkin? ¿Regresará á Liao-Yang con el convencimiento de que no puede vencer á los rusos cuando estos quieren luchar de veras? El tiempo nos lo dirá.

Pero, entre tanto, no podrá menos de convenirse en que detrás de los episodios telegrafados desde el teatro de la guerra, y de los despachos incoloros de los dos generalísimos, se esconde la ejecución de un drama mucho más complejo que lo generalmente creído, y cuyo argumento ha corrido á cargo del caudillo ruso. Hora era ya de que no tuviéramos que seguir relatando operaciones militares en que sólo veíamos un gran corazón del lado de los japoneses, y una retirada metódica y continua, necesaria, sí, pero monótona, por parte de los rusos.

¿Habrá acertado Kuropatkin? Muy difícil es, porque no es liviana empresa la de batir á un enemigo numéricamente más fuerte y acostumbrado á ir acompañado por el éxito. ¿Será, por el contrario, derrotado, y constituirá Mukden una página negra en la historia de Rusia? ¿O, por último, quedará indecisa la batalla? No tardaremos en salir de dudas, y una vez que los hechos hayan corroborado la opinión que sustentamos acerca de los planes del general moscovita, ó sea dentro de brevísimo plazo, comenzaremos la descripción de la batalla.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

19 Octubre, 1904

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

**SUMARIO:** Las potencias ante el conflicto ruso-japonés, por F. Larín.—Lo que he visto en el Extremo Oriente, IX, por A. G. Hales.—Las operaciones en la Mandchuria, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—La segunda escuadra del Pacífico, por J. B. y L.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



El príncipe Kuniyoshi (\*), pariente del Mikado, asistiendo á un servicio religioso en campaña. A su izquierda y delante, el general Kuroki

## LAS POTENCIAS

### ANTE EL CONFLICTO RUSO-JAPONÉS

Los pocos asuntos que relacionados con la guerra han ocurrido en los últimos días, nos los ofrece, como de costumbre, Inglaterra.

El 29 de Septiembre, los señores Holt y Compañía, directores y consignatarios de la Compañía de Vapores del Océano, de Liverpool, dirigieron á lord Lansdowne una carta preguntando si el material de ferrocarriles con destino á compañías mercantiles del Japón, y no consignado al Gobierno japonés, ni al ejército, ni á la marina, debía ser considerado ó no contrabando de guerra.

El 4 de Octubre, Mr. F. A. Campbell, en

nombre del Ministro de Negocios Extranjeros, respondió en los siguientes términos:

«Señores: el marqués de Lansdowne me encarga acuse á ustedes recibo de su carta del 29 último, relativa á la aceptación de ciertas consignaciones de cargo para el Japón.

»Debo manifestar á ustedes que aun no han terminado las negociaciones con el Gobierno ruso, y que hasta ahora sólo resulta de ellas que el arroz y las provisiones son contrabando condicional. Por este motivo, el secretario de Estado no puede decir si un navío con cargamento de la naturaleza indicada por ustedes puede considerarse á cubierto de ser capturado.—Soy, Señores....»

El once de Octubre, los mismos navieros



volvieron á la carga, preguntando esta vez si podían aceptar sin peligro cargo de algodón para aplicaciones particulares, con destino al Japón. El día 14, Mr. Campbell contestó en términos no menos expresivos que antes, ó sea, «que el secretario de Estado no puede precisar qué barcos, de los que conducen algodón en rama al Japón, pueden considerarse á cubierto de capturas, y que sólo incumbe á ustedes el decir si les conviene incurrir en aquel riesgo ó no.»

Comentario de un periódico inglés:

«¿Por qué ha de cargar el gobierno con la responsabilidad de salvaguardar todos los barcos que naveguen en alta mar? Los navieros, como buenos comerciantes, deben saber el riesgo que corren. Hay gran diferencia entre el algodón de fibra larga y el de fibra corta, y todos sabemos los usos de uno y otro. Si un barco lleva contrabando de algodón, no necesita saber más para darse cuenta del peligro á que se expone. Lo mismo sucede con el material de ferrocarriles; ¿quién puede garantizar cuál será su último destino?»

El tratado del Thibet no ha sido aprobado por la China, ni es probable que lo sea. Los ingleses atribuyen el fracaso á las gestiones y manejos de Alemania, cuyo ministro en Pekín se presentó en el Wai-wu-pu, en cuanto los periódicos chinos publicaron el texto del tratado, preguntando si dicho texto era auténtico. El Wai-wu-pu admitió que, en lo substancial, los periódicos habían dicho la verdad. Entonces el Ministro dió á comprender que si China aprobaba el tratado, Alemania recabaría iguales derechos que los pedidos por los ingleses en el Thibet, para la provincia de Shan-tung. Francia, por su parte, está dispuesta á la misma petición con respecto á Yun-nan, y el Japón, también, sobre Fo-kien.

Con este motivo los ingleses, que han visto que sus bravatas y altanería no han tenido el más pequeño efecto sobre el Czar y el Kaiser, han abierto una campaña periódica encaminada á malquistar, el uno con el otro, los dos autócratas europeos; y al mismo tiempo tratan de hacer creer á los rusos que á nadie conviene tanto como á Rusia la amistad desinteresada y sincera de Inglaterra, que esta nación se halla dispuesta á otorgarle. La verdad es que á ve-

ces los ingleses chochean: los rusos estrecharán la mano de los británicos, pero la estrecharán en el Turkestán, y es fácil que el apretón arranque algún grito de dolor.

El antagonismo entre sajones y germanos se acentúa. No llegará la sangre al mar, porque los fenicios actuales sólo se atreven con los pueblos débiles. Y el antagonismo se ha hecho más marcado en el Extremo Oriente. El embajador alemán en Pekín es el que goza de más positiva influencia en la corte china, según lo reconocen los mismos ingleses. El día 17, el embajador y el capitán Truppel, gobernador de Kiao chan, con la esposa de éste y otras señoras, fueron recibidos por la familia imperial del Hijo del Cielo; los visitantes quedaron colmados de atenciones; la señora de Truppel recibió de manos de la emperatriz un cuadro pintado por tan egregia dama, distinción de la que apenas hay precedentes.

Mas si los ingleses chochean cuando hablan, tienen la rapacidad política tan embebida en la sangre, que han discurrido un medio de anular el flamante tratado del Thibet, sin salir perdiendo: consiste en quedarse con el valle de Chumbi por un periodo de 75 años, ó sea ilimitado, y renunciar á lo demás, lo que equivale á reservarse las tajadas y dejar el hueso á la China. Mientras Rusia no hable, y tardará en hablar, nada puede aventurarse. Por lo demás, no cabe duda que esa modificación del tratado sería un medio para que Inglaterra saliera airosa del mal paso en que la metió el coronel Younghusband, porque bueno es que se sepa que, no solamente el Amban ó ministro chino se negó á firmar el tratado, sino que tampoco lo firmó el gran sacerdote ó Dalai Lamá, sino otro lama designado expresamente por el mencionado coronel para substituir al Dalai, es decir, que todos los firmantes del tratado, más propiamente dicho papel mojado, eran corifeos de Younghusband, sin representación legal ninguna. Pero de medios tan burdos y poco dignos se vale la honorable, sensata y formal Albión para extender su poderío.

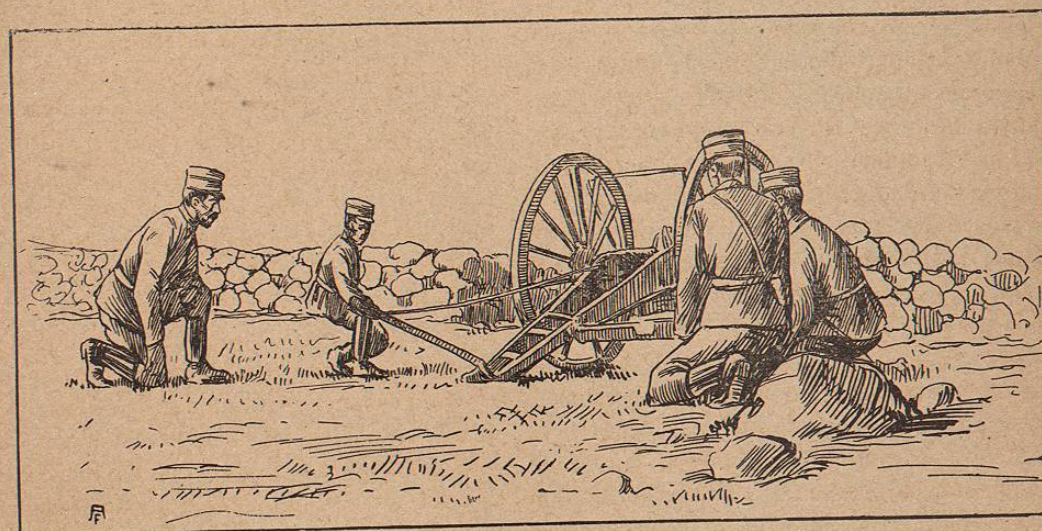
El último empréstito nacional japonés ha producido un pésimo efecto en todos los grandes centros financieros. El empréstito anterior al 5 por 100, y con garantías relativamente débiles, fué emitido á la par;

mientras que el tipo de emisión del último, al 6 por 100, ha sido de 93  $\frac{1}{2}$ , y como garantías del pago de intereses y capital se le han asignado las rentas de aduanas. Esto demuestra que el Japón está gastando rápi-

Al cerrar esta crónica llega la noticia de que la escuadra del Báltico ha echado á pique algunos barcos de la flotilla pesquera de Hull. El suceso es tan grave que no podemos apresurarnos á emitir juicio, pero



Artillería japonesa: poniendo un cañón en batería



Artillería japonesa: el momento de hacer fuego

damente toda su vitalidad, y que las vanas palabras de sus hacendistas no pueden encubrir el estado realmente triste del Tesoro. Si, como es seguro, el Japón necesita muy pronto recurrir al extranjero para encontrar fondos ¿qué garantías ofrecerá?

alguna razón habrán tenido los rusos para obrar como lo han hecho. Inglaterra, que tanto gallea con los débiles ¿qué hará? Suponemos que se contentará con una indemnización y que guardará sus barcos para asustar á los egipcios, á los griegos y á los



indios, pues ella, más que nadie, sabe que detrás del coloso del N., está Alemania, el coloso del centro.

Recientemente, el agregado militar alemán en San Petersburgo, y el agregado militar ruso en Berlín, han sido nombrados, respectivamente, ayudantes personales del Czar y del Kaiser.

F. LARÍN

### LO QUE HE VISTO EN EL EXTREMO ORIENTE

#### IX (1)

Es ahora muy popular hablar de los japoneses como de héroes incomparables, y tildar de descuidados y poltrones a los rusos, error que no tardará en desvanecerse. Las críticas que de los oficiales rusos aparecen en algunos periódicos ingleses, tienen tanto fundamento como las noticias de la rendición de Port-Arthur. ¡Cuántas veces se ha dicho que la plaza ha sucumbido y cuántas se dirá en lo porvenir! Esos mismos periodistas pintan como les conviene, es decir, de muy triste manera, al oficial y soldado rusos. Mucho celebraría que nuestro pueblo, que posee un innegable buen sentido, pudiese permanecer siquiera algunas horas en Rusia y formar concepto por sí mismo.

Yo he tenido el placer de cabalgar algún tiempo con una partida de cosacos, y quedé sorprendido al advertir cuán diferentes eran de lo que yo había leído, tanto en su favor como en su contra. No son los mejores jinetes del mundo, pero son realmente buenos jinetes, infinitamente superiores en todos sentidos a la caballería japonesa. Considerados en conjunto, los boers son mejores jinetes, y también los cazadores de la Australia. Los cosacos montan con los estribos demasiado cortos, y a caballo recuerdan la figura de los jinetes asiáticos. Siempre que he ido con ellos he sentido vivísimos deseos de alargarles un par de puntos los estribos, pero como están habituados a montar así desde la niñez, no se acostumbrarían fácilmente a llevarlos bien. Así como los boers me parecía que llevaban los estribos demasiado largos, los cosacos los usan muy cortos y esto fatiga al caballo. Un término medio entre unos y otros daría un jinete per-

(1) Del *Daily News* del 1 de Septiembre.

fecto. Los cosacos verdaderos quieren mucho a sus caballos y les cuidan, no solo por deberes del servicio, sino por impulso personal; muchas veces he observado un afecto real entre el jinete y su montura.

A menudo he visto, después de desmontar los soldados, cómo los caballos relinchaban y jugueteaban con sus amos, lo que no acontece cuando el caballo es objeto de un trato duro. Los cosacos no educan al ganado tan elegantemente como acostumbramos en Inglaterra, ni conceden grande importancia a la vistosidad de la tropa, pero en materia de cuidar al caballo no creo que haya nadie que les supere. Los oficiales son muy severos en este punto, y lo pasaría mal el cosaco que maltratase a su montura. Los oficiales vigilan por sí mismos a sus caballos, a menos que el servicio lo impida en absoluto, y casi todos poseen magníficos caballos. Los cosacos de las fronteras del imperio solo lo son de nombre: los hombres forman una mezcla abigarrada y los caballos son malos. Yo compré tres de estos por un par de libras cada uno a unos buriatos que sin duda los habían robado, y cuando me deshice de ellos, me sorprendió que a pesar de no haberlos recomendado, se les destinara al ejército. De movimientos torpes y andar lento, desplegaban un trote corto capaz de romper los huesos al mejor jinete.

Pero los verdaderos cosacos que uno encuentra entre el lago Baikal y Kharbin están magníficamente montados. Los caballos, de sangre y fuertes, son grandes y bien cortados, de una raza tan buena como las del Africa del Sud, Argentina ó Australia. A sus excelentes cualidades han de añadirse la belleza de sus formas, y la facilidad, gracia y suavidad de sus movimientos.

Tanto en los regimientos de cosacos como en los demás de la caballería rusa, se trata a los caballos de un modo que sorprendería a esos críticos que nos hablan diariamente de la barbarie rusa. No creo que allí haya sociedades protectoras de animales; cuidan bien a los caballos porque los aman, lo mismo que los buenos *sportsmen*, y porque saben cuánto influye el ganado en el éxito del combate, sobre todo cuando la nieve cubre el suelo.

Aunque en el polo y otros juegos tal vez no puedan competir con alguno de nuestros regimientos, he visto hacer cosas a los ofi-



Telegrafistas japoneses transmitiendo despachos por medio del heliógrafo